

pueblos, en las ciudades, en las naciones. Prueba de ello la tenemos en algunas de las asociaciones de nuestra Patria. La sana camaradería y la colaboración desinteresada dentro del ámbito social, son suficientes para un buen robustecimiento.

Hemos hablado, anteriormente, del empuje desorbitado de ciertas entidades, rápidamente truncado. En algunos de estos casos ha sido debido a la labor de un solo hombre para satisfacer sus particulares deseos; ha dirigido la sociedad a su antojo, ha hecho uso de su bolsillo y de su influencia para el logro de su reputación y, se ha cansado del juego, porque otra afición ha nacido en él, aunque sea la de coleccionar conchas de mariscos, ha caído de su pedestal la obra creada y que, evidentemente, había sido elevada bajo una insuficiente cimentación.

Entidades hay que han triunfado por sus eficientes actividades, pero que, al llegar a despuntarse, han procurado disfrutar de sus rentas, dormitándose sobre sus laureles. ¿Resultado?. Nulo.

Y las hay que subsisten de una manera muy vaga. Se debilitan paulatinamente. Y, no, precisamente, por culpa de sus socios numerarios ni de los directamente colaboradores, sino de los miembros de sus directivas, que no se han dado cuenta que deben trabajar en pro de la entidad, pues quieren servirse de ésta para sus éxitos particulares. Su labor es disgregacionista, de «capillita» como suele decirse. Incluso llegan a creerse que tienen la exclusividad de la agrupación que representan. Para ellos las reuniones no cuentan, ya que los acuerdos tomados, en más de una ocasión, no han sido trasladados en el libro de actas (quizá lo hagan muy superficialmente cuando, por algún motivo inesperado, se ven obligados a ello). Parecen quieren regir a perpetuidad los destinos de la entidad, por cuanto en las juntas generales, la asistencia se reduce casi únicamente a los miembros de la Directiva. Desaparecida la camaradería, la alegría sana del ambiente y el poco respeto a la memoria de todos cuantos han luchado ininterrumpidamente en favor del prestigio de la asociación, desde la fundación de ésta, la vida de tal asociación será efímera, bajo la sombra de la tremenda responsabilidad que ello implica. Solo relevos de gente dispuesta al sacrificio podrá recuperar el tiempo perdido y restaurar el prestigio quebrado.

He aquí tres casos que pueden ocurrir, o que tal vez haya sucedido ya.

Procuraremos colaborar con entusiasmo al auge de las Agrupaciones, no reparando en sacrificio alguno. Pues la afición es eso: sacrificio.

*Artículo firmado por Juan Domingo Bisbal, publicado en el núm. 160 de ARTE FOTOGRAFICO*